

# Demografía, sostenibilidad e igualdad de género

*Una de las manifestaciones de la actual crisis es la insostenibilidad del desequilibrio demográfico mundial. Una buena demografía es uno de los retos para un desarrollo económico y social ecológicamente sostenible. Para ello, es preciso considerar la sociedad actual en su conjunto, teniendo en cuenta las complejas relaciones entre la educación, el empleo y el ámbito familiar e impedir que el objetivo de igualdad quede, una vez más, aplazado en tiempos de crisis. El artículo reflexiona sobre las transformaciones necesarias para que se produzca el cambio hacia un desarrollo sostenible y sobre cómo en el centro de ellas estaría la necesidad de un cambio estructural del actual modelo social, apoyado en la familia tipo «sustentador masculino/esposa dependiente», a una sociedad compuesta por «personas sustentadoras/cuidadoras en igualdad». La crisis actual proporciona una oportunidad única para organizar la economía global conforme a un modelo productivo, solidario, ecológico y demográficamente viable.*

La Ley de Economía Sostenible española no se refiere ni una sola vez a la demografía. Sin embargo, España tiene una bajísima y decreciente tasa de fecundidad (1,3 hijos/mujer en 2010, muy por debajo de la tasa de reposición poblacional, que se sitúa en 2,1 hijos/as por mujer). Se estima que, de seguir a este ritmo, la población española total se quedaría en 10 millones de habitantes a finales del siglo XXI;<sup>1</sup> y la estimación es optimista, pues está basada en datos de fecundidad e inmigración anteriores a la crisis económica. Esta bajísima fecundidad va acompañada de una altísima y creciente tasa de pobreza infantil (25%). Con la crisis, las tasas de fecundidad han disminuido aún más; muchas personas inmigrantes (y también muchas personas españolas en edad de trabajar) están abandonando el país; y la pobreza está en aumento. ¿Es esta situación sostenible?

Algunas personas piensan que las bajas tasas de fecundidad no son un inconveniente (el planeta ya soporta demasiada carga humana). El problema

María Pazos es jefa de Estudios de Investigación, Instituto de Estudios Fiscales

\* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "La igualdad de género como eje de un nuevo modelo económico y social eficiente y sostenible: el cometido de las políticas públicas" financiado por el Instituto de la Mujer, Ministerio de Salud, Asuntos sociales e Igualdad, expediente nº 154/10, convocatoria 2010.

<sup>1</sup> G. Esping-Andersen, «Un nuevo contrato de género» en M. Pazos Morán (ed.), *Economía e igualdad de género: retos de la hacienda pública en el siglo XXI*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 2008, pp. 31-43.

es que las bajas tasas de fecundidad, prolongadas en el tiempo, no solamente provocan un descenso de la población sino que conducen a una estructura poblacional en la que la pirámide se invierte, pasando a ser mayoría las personas de avanzada edad. Claro que a esto se responde, desde algunos sectores, con la idea que aún persiste de que la inmigración podría suplir el déficit de nacimientos autóctonos (según esa perspectiva, la bajísima fecundidad se compensaría con la llegada de inmigrantes a los países correspondientes). Así, muchas personas rechazan toda consideración del tema demográfico porque creen que es un asunto de xenofobia. Sin embargo, tres elementos contradicen esta perspectiva: en primer lugar el fenómeno ampliamente contrastado de que las hijas y nietas de las mujeres inmigrantes adoptan el comportamiento de los países de acogida. En segundo lugar, que el envejecimiento provoca problemas económicos que empobrecen el país que lo sufre, de tal forma que impide la generación de puestos de trabajo, tanto para inmigrantes como para autóctonos. En tercer lugar, y no menos importante, que la inmigración acelera en los países de origen la llamada transición demográfica (descenso drástico de las tasas de fecundidad), a la que actualmente se ven sometidos todos los países excepto los paupérrimos del África subsahariana y Oriente Próximo. Aunque la fecundidad media del planeta fuera ideal en un momento dado, alcanzar esa media por medio de simples transvases no es factible.

---

### Si los niños y niñas son pobres y no tienen oportunidades de formación ¿qué cohesión social, qué capital humano tendremos en la próxima generación?

---

En realidad estamos asistiendo a una polarización mundial entre, por un lado, países (y zonas) con bajísima fecundidad y altísima pobreza infantil y, por otro lado, países (y zonas) con altísima fecundidad y también altísima pobreza infantil. Estos dos fenómenos amenazan la sostenibilidad social, económica y medioambiental de cada uno de los países, y por tanto del planeta.

La explosión demográfica mundial continuada sería insostenible (humana y medioambientalmente), pero ese no es el problema del futuro, ya que en la mayor parte del mundo las tasas de fecundidad están descendiendo a gran ritmo. En los países en los que aún no lo están, la insostenibilidad no se debe sobre todo al excesivo número de habitantes (algunos están poco poblados) sino a que las tasas de fecundidad demasiado altas realimentan la pobreza y dificultan el desarrollo social y económico (típicamente nos encontramos con familias de muchos hijos e hijas a los que no pueden mantener. Este fenómeno está íntimamente ligado al modelo actual de crecimiento económico a nivel mundial, que provoca una creciente desigualdad entre países y una sobreexplotación de los recursos naturales. Las personas de los países pobres, con una naturaleza cada vez más esquilada, sin acce-

so a la formación, sin otros medios de vida y frecuentemente víctimas de guerras y dictaduras (muchas veces apoyadas desde el exterior), no tienen otro recurso que lanzarse a una emigración cada vez más precaria. La emigración es, naturalmente, una salida individual, pero no es la solución para alcanzar un modelo de desarrollo equitativo y sostenible desde el punto de vista humano, social, medioambiental y demográfico.

Por otro lado, la mayoría de las sociedades occidentales están aquejadas de un envejecimiento excesivo de la población que tiene graves consecuencias. La ratio entre el número de personas de la tercera edad y el número de personas en edad de trabajar (llamada «tasa de dependencia demográfica») es clave para el sostenimiento del sistema de pensiones, de los servicios públicos, de la producción y de la sociedad en su conjunto. Las personas en edad de trabajar (y cuidar) alimentan los fondos de la Seguridad Social con sus cotizaciones, las arcas del Estado con sus impuestos, la economía en su conjunto con su producción. En cambio, las personas mayores (inactivas) necesitan pensiones y servicios que aumentan el gasto público. El envejecimiento de la población provoca lo que se ha dado en llamar «crisis de los cuidados»: las necesidades de atención a las personas dependientes crecen exponencialmente, mientras que disminuye el número de personas en edad de cuidar (tanto para trabajar en los servicios públicos de atención a la dependencia como para atender personalmente a sus familiares). El problema se agrava en las sociedades tradicionales (como España) en las que la participación de los hombres en el cuidado es muy escasa, lo que divide por dos el potencial cuidador existente en la sociedad. En la mayoría de los países occidentales las tasas de dependencia demográfica están creciendo enormemente, pero existen diferencias importantes. En España, donde la transición está siendo muy brusca y la tasa de fecundidad es bajísima, la tasa de dependencia era de un 27% en 2000 y se prevé que llegará a un 73% en 2050. Sin embargo, en Suecia, donde la tasa de fecundidad es más alta y está estabilizada, estos valores son 30% en 2000 y 43% en 2050.

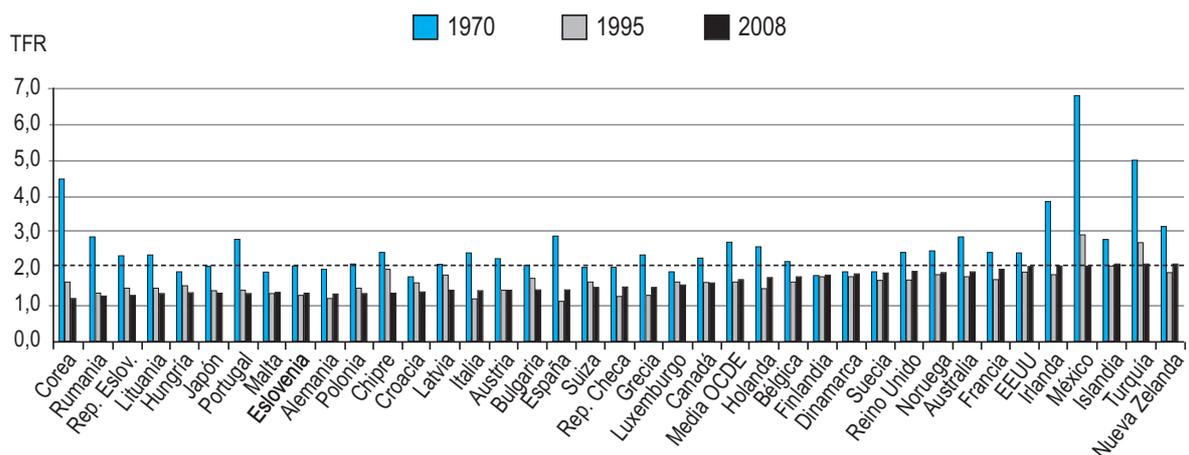
La pobreza, y en especial la pobreza infantil, es el otro elemento demográfico clave (junto con el nivel y la estabilidad de las tasas de fecundidad). En efecto, no solamente se necesita que nazcan criaturas en un número adecuado (ni muchos más ni muchos menos), sino también que estas no sean pobres. La pobreza infantil es un fenómeno indeseable desde el punto de vista de la justicia social, pero también es un problema económico esencial desde el punto de vista de la formación del capital humano. Si los niños y niñas son pobres y no tienen oportunidades de formación ¿qué cohesión social, qué capital humano tendremos en la próxima generación? No tendremos profesionales formados. ¿Quién manejará las nuevas tecnologías, quién se encargará de la organización de las empresas y del sector público?

La pobreza y el analfabetismo son lacras que van asociadas a la desintegración social y que impiden el desarrollo de una sociedad, así en el Norte como en el Sur. Y estas consi-

deraciones son válidas pensando en un solo país o en el mundo entero en su conjunto. Lo curioso es que las tasas de pobreza infantil y las tasas de fecundidad son variables correlacionadas, aunque con distinto signo. En los países (y zonas) paupérrimos, la correlación es positiva: las altísimas tasas de fecundidad van asociadas con altas tasas de pobreza y analfabetismo (especialmente femenino), de las que son consecuencia a la vez que causa de permanencia. Pero, en los países con bajísima fecundidad la correlación es negativa: la pobreza infantil es más alta cuanto menor es la tasa de fecundidad, como veremos (véase gráfico 2, p. 77). En España este problema es especialmente grave, pues tenemos una de las tasas de pobreza infantil más altas de la Unión Europea, solo por debajo de las de Italia, Latvia, Bulgaria y Rumania.

Otro factor demográfico importante es la estabilidad de las tasas de fecundidad. La decisión de tener hijos está, en principio, condicionada por la situación económica. Por ello, en las fases altas del ciclo económico nacen más niños, dando lugar a los llamados *baby booms*, que crean muchos problemas de planificación económica. Las tasas de fecundidad no pueden considerarse de forma estática sino en su evolución. Por ejemplo, México e Islandia tienen tasas de fecundidad prácticamente iguales a 2,1 hijos por mujer (tasa de reposición poblacional, véase el gráfico 1). Sin embargo, México se encuentra en transición entre los fenómenos de altísima y bajísima fecundidad (y por tanto en proceso de envejecimiento rápido), mientras que Islandia es un país con tasa de fecundidad adecuada y estable, es decir con una buena demografía.

**Gráfico 1. Tasas de fecundidad totales en 1970, 1995 y 2008**



En resumen, el equilibrio demográfico a largo plazo exige tres condiciones: 1.) tasas de fecundidad al nivel de reposición poblacional; 2.) que estas tasas de fecundidad sean estables en el tiempo y en el espacio; y 3.) evitar la pobreza infantil. Y una buena demografía es uno de los dos grandes retos para un desarrollo económico y social sostenible, junto con la preservación del medio ambiente.

## Altísimas y bajísimas tasas de fecundidad: dos caras de la misma moneda

Para interpretar correctamente los datos demográficos es importante analizar separadamente los fenómenos de la altísima fecundidad y de la bajísima fecundidad; y considerar que muchos países se encuentran en transición demográfica entre estos dos fenómenos tan diferentes.

Consideremos la evolución de las tasas de fecundidad en la OCDE durante las últimas décadas (véase gráfico 1). La tasa media de la OCDE descendió de 2,72 en 1970 a 1,61 en 1995, y luego aumentó ligeramente hasta 1,71 en 2008. Ya casi todos los países de la OCDE están por debajo de la tasa de 2,1 hijos por mujer, que es la tasa llamada de «reposición poblacional» (es decir, aquella tasa de fecundidad que, estabilizada en el tiempo, permitiría que el número de habitantes permaneciera invariable). Alcanzan esta tasa Irlanda, México, Islandia, Turquía y Nueva Zelanda. Sin embargo, en Irlanda, México y Turquía la fecundidad ha sufrido una caída espectacular; mientras que en Islandia y en Nueva Zelanda la población permanece más o menos estable en el tiempo, lo que permite prever que no caerá sustancialmente en los próximos años.

---

**Tenemos una de las tasas de pobreza infantil más altas de la Unión Europea, solo por debajo de las de Italia, Latvia, Bulgaria y Rumania**

---

Dentro de la OCDE, los países que han registrado un aumento significativo de su renta per cápita, son tan heterogéneos como México, Turquía, Irlanda, Corea y España, algunos de los cuales han sido la mayor fuente de flujos migratorios hacia Europa y EE UU, son también los que han visto caer su tasa de fecundidad en mayor medida. Por otro lado, las tasas de fecundidad de las repúblicas del Este de Europa son las más bajas del mundo junto con las de Corea. En Europa –a pesar de que la inmigración aún compensa en parte la falta de nacimientos–, Alemania y algunos países del Este ya están perdiendo población desde hace años; y se estima que hacia 2035 la población europea total comenzará a descender. El crecimiento poblacional se está ralentizando también en la mayor parte de los países de Asia y América en los que las tasas de fecundidad son aún elevadas.

Mientras, continúa la explosión demográfica en el África subsahariana y en Oriente Próximo (véanse los datos en NIC, 2008). Así, aumenta cada vez más la polarización entre países subdesarrollados con altísima fecundidad, por un lado, y países desarrollados con bajísima fecundidad, por otro. Es como si el mundo tuviera la cabeza en el horno y el resto del cuerpo en el congelador, aunque su temperatura media fuera ideal.

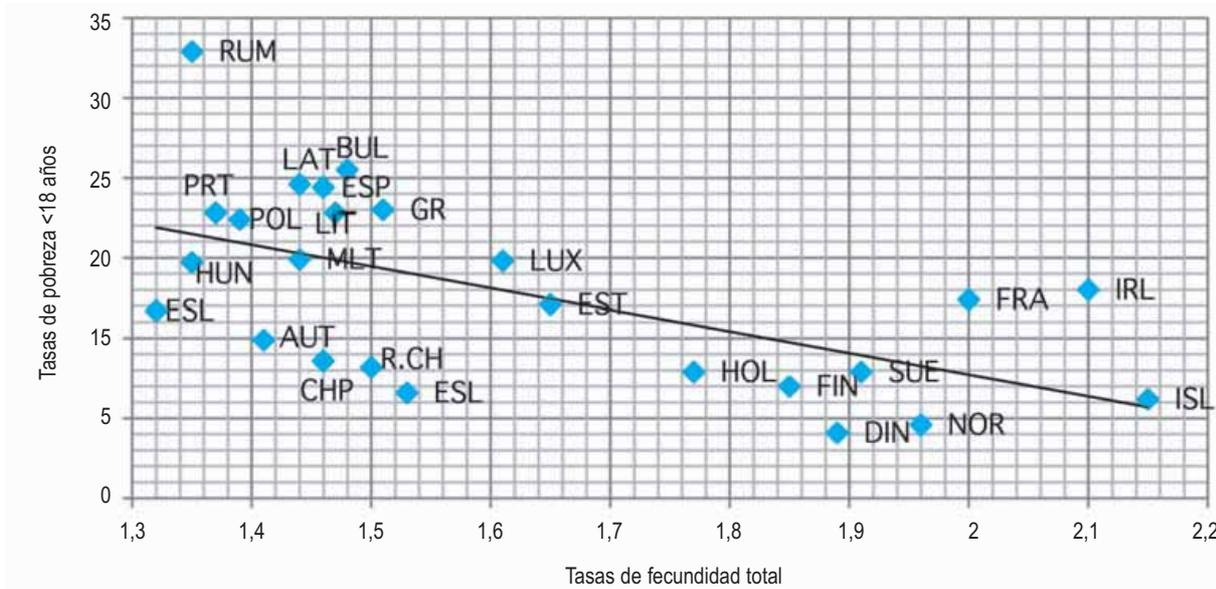
Es importante también detenerse a analizar el proceso del llamado cambio demográfico para entender que las tasas demasiado elevadas o demasiado bajas de fecundidad son dos caras de un mismo problema; y que en el centro de este problema está la falta de autonomía de las mujeres. En efecto, los países con altísima fecundidad son aquellos más pobres y en los que las mujeres no tienen ni siquiera un nivel mínimo de información y decisión. Así, no pueden limitar el número de hijos; y nos encontramos con altísimas tasas de fecundidad acompañadas indefectiblemente de elevados índices de pobreza infantil, lo que es un lastre para el progreso de los países. El acceso de las mujeres a la información, a la educación, al empleo y a los derechos reduce estos problemas de excesiva fecundidad y pobreza infantil, y con ello acelera el desarrollo económico en esa primera etapa.

Pero, este proceso de caída de las altísimas tasas de fecundidad, característica de las primeras fases de desarrollo, no se frena en los países en los que no se proporciona a las mujeres la posibilidad de tener hijos en igualdad. Cuando las mujeres no pueden compatibilizar su maternidad con un empleo de calidad, retrasan la decisión de tener hijos; y algunas simplemente renuncian a ello. Así se llega a la bajísima fecundidad propia de los países occidentales con un Estado de bienestar familiarista. Y esta bajísima fecundidad también va unida a altas tasas de pobreza infantil, en gran parte debido a que la familia de un solo sustentador es una trampa de pobreza y a que no se apoya adecuadamente a las familias monoparentales. Así es como la falta de autonomía de las mujeres se sitúa en el centro del problema demográfico.

De hecho, en los países de altísima fecundidad existe una correlación positiva entre tasas de fecundidad y tasas de pobreza infantil (ambas muy altas). Pero una vez pasada la primera fase de transición demográfica (y si no se articulan las políticas adecuadas para impedirlo), las tasas de fecundidad siguen cayendo y las tasas de pobreza infantil no disminuyen de manera acorde. El resultado es que la correlación entre las dos variables cambia de signo: entre los países de la UE, aquellos con menores tasas de fecundidad son también los que registran mayores tasas de pobreza infantil, como se muestra en el gráfico 2 (p. 77).

## Políticas natalistas, fecundidad e igualdad de género

Es evidente que la transformación de la familia, y en particular la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, ha ido acompañada de una caída de las altísimas tasas de fecundidad en una primera fase de la transición demográfica. De hecho, hasta la década de 1980 la correlación entre empleo femenino y tasa de fecundidad era negativa en los países de la OCDE (véase gráfico 4, p. 80). Además, dentro de cada país, las madres registran tasas de empleo menores que las que no lo son.

**Gráfico 2. Tasas de fecundidad y tasas de pobreza infantil en la UE. Año 2008**

Fuente: EUROSTAT

Muchas personas, en consecuencia, piensan que el descenso de las tasas de fecundidad se detendrá si se dificulta el acceso de las mujeres al empleo, a los anticonceptivos y al aborto. Así, a pesar de que no hay argumentos ni económicos ni humanos para la división del trabajo ni para la organización del trabajo doméstico en torno a la permanencia de las mujeres en el hogar, queda un argumento no siempre explicitado pero siempre presente: el argumento demográfico. Según esta lógica, se trataría de sacrificar en parte el capital humano de las mujeres, aun en detrimento de la eficiencia económica a corto plazo, con tal de resolver el problema demográfico, que al fin y al cabo es uno de los mayores lastres de la economía a medio-largo plazo. Este es el principio (muchas veces implícito) que inspira las llamadas tradicionalmente «políticas natalistas», que consisten en proporcionar incentivos para que las madres permanezcan en el hogar (mediante prestaciones para el cuidado incompatibles con el empleo, facilidades para reducción de jornada, excedencias, etc.).

La reacción ante esta orientación tradicional es la causa del fenómeno que Sommestad<sup>2</sup> califica como la «relación conflictiva del feminismo con la demografía»: por un lado, muchos gobiernos y personas con ideología tradicional tienden a ver en la emancipación femenina la causa del problema, y proponen medidas de vuelta al hogar para solucionarlo. Por otro lado, el fantasma de la maternidad impuesta planea en el ambiente (basta ver las enormes dificultades para mantener y profundizar en las conquistas relativas a la libertad de decidir

<sup>2</sup> L. Sommestad, «Gender Equality-A key to our future?» [disponible en: <http://www.regeringen.se/pub/road/Classic/article/13/jsp/Render.jsp?m=print&d=1321&nocache=true&a=4220>], 2002.

sobre el propio cuerpo, y particularmente el derecho al aborto). En estas condiciones, es comprensible que muchas mujeres, y especialmente muchas feministas, rechacen toda consideración del problema demográfico.

---

### La única manera de detener el excesivo descenso de las tasas de fecundidad es proporcionar a las mujeres la posibilidad de compatibilizar empleo de calidad con maternidad

---

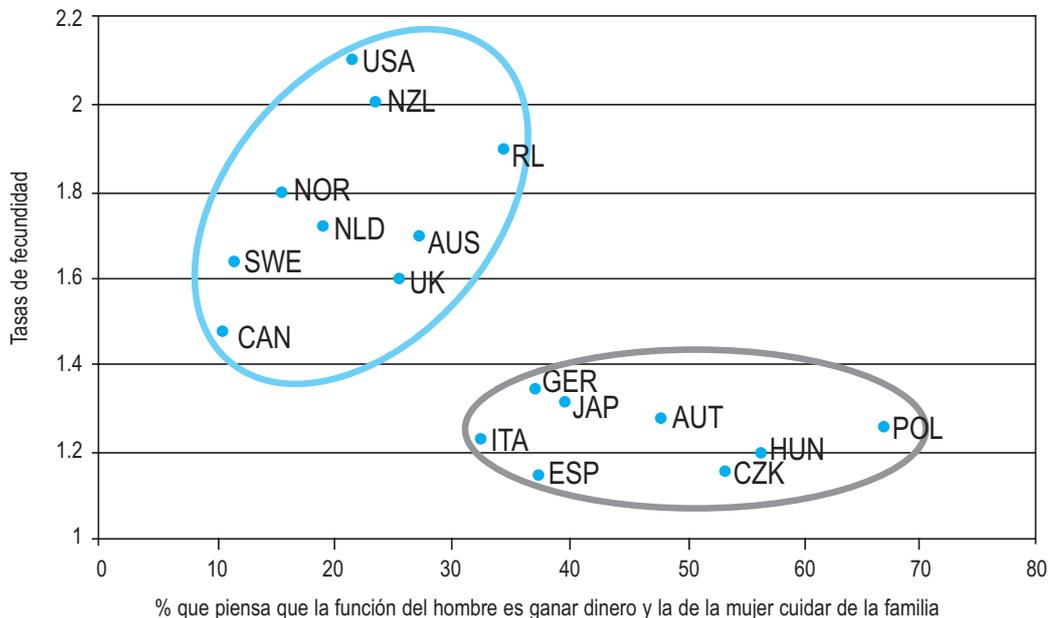
En efecto, si fuera posible recuperar las tasas de fecundidad dificultando el empleo y la autonomía femenina, tendríamos un conflicto de intereses entre los derechos de las mujeres y las necesidades de la sociedad. Pero, en realidad sucede todo lo contrario: los países que han aplicado estas recetas (mal llamadas “natalistas”), como Alemania, no recuperan las tasas de fecundidad a pesar de las elevadas partidas de gasto público que dedican a ello. ¿Por qué? Muy sencillo: las mujeres con un mínimo nivel de información se las arreglan (a veces a costa de poner en riesgo su propia vida) para no tener más hijos de los que desean y esperan poder mantener. Es cierto que muchas mujeres se ven obligadas a renunciar a su empleo (de ahí las menores tasas de empleo de mujeres con hijos). Pero en los países en los que esa es la única posibilidad que se les ofrece para ser madres, muchas otras renuncian a la maternidad a pesar de los muchos incentivos que se les proporcionan para permanecer en el hogar.

En consecuencia, como ya aconsejaba Alva Myrdal en 1934, la única manera de detener el excesivo descenso de las tasas de fecundidad es proporcionar a las mujeres la posibilidad de compatibilizar empleo de calidad con maternidad.<sup>3</sup> Este argumento para la alianza de la fecundidad con el feminismo está contrastado por las investigaciones que muestran cómo, en los países desarrollados, las tasas de fecundidad más bajas son las de los países con modelos más tradicionales de matrimonio y cuidado de niños, como se observa en el gráfico 3 (p. 79).

El mecanismo por el que se produce este fenómeno (que se ha llegado a llamar «huelga de fecundidad») en las sociedades industrializadas tradicionales es el siguiente: ante las dificultades para tener hijos en condiciones adecuadas, muchas mujeres renuncian a la maternidad (en España, por ejemplo, el 19,4% de las mujeres en edad fértil afirma que no quiere tener hijos); y otras toman la decisión de tener el primer hijo a una edad muy tardía (la edad media del primer hijo se ha retrasado de 25 años en la década de 1950 a 30,6 años en 2006). Como resultado, el 42% de las mujeres entre 20 y 44 años no ha tenido ningún

---

<sup>3</sup> A. Myrdal y G. Myrdal, *El problema de la población en crisis* [1934], 1994.

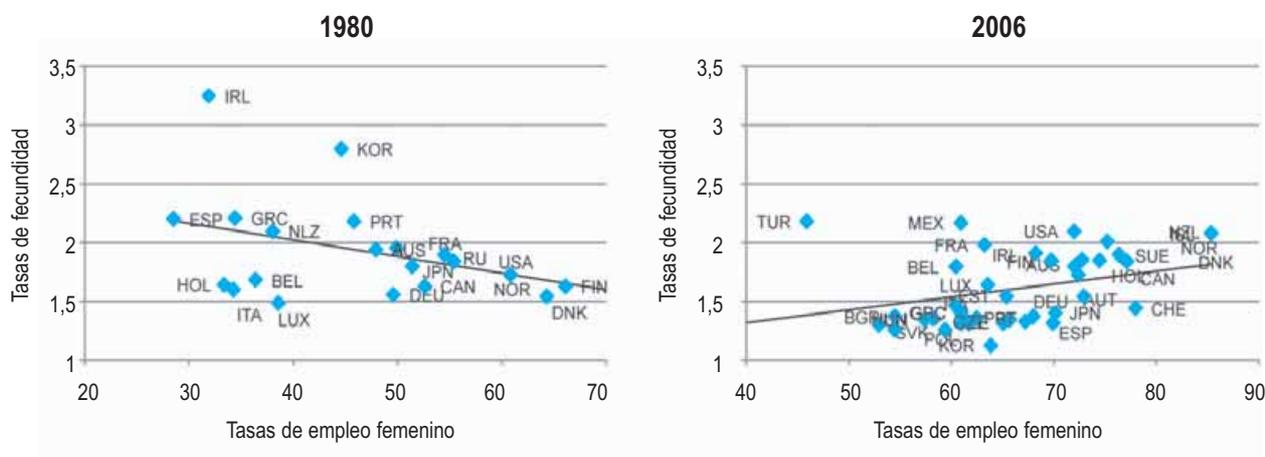
**Gráfico 3: La trampa de las actitudes: tasa de fecundidad e igualdad de género**

Fuente: R. Mörtvik y R. Spant, «Does gender equality spur growth?» en *OECD Observer*, octubre de 2005 [disponible en: [http://www.oecdobserver.org/news/fullstory.php/aid/1664/Does\\_gender\\_equality\\_spur\\_growth\\_.html](http://www.oecdobserver.org/news/fullstory.php/aid/1664/Does_gender_equality_spur_growth_.html)].

hijo, y los motivos que aduce la mayoría son la incertidumbre personal y la falta de confianza en el futuro (Encuesta de Fecundidad Española, 2006). Mucho más difícil aún es tomar la decisión de tener el segundo, para lo que se conjugan varios factores: la tardía edad de la mujer al primero, las dificultades de conciliación y los conflictos de pareja que se plantean, a juzgar por el gran número de divorcios que se dan entre mujeres con niños de corta edad. Así es como se explica la enorme frecuencia de la norma «mujer con uno o ningún hijo», como es el caso de muchas mujeres profesionales que, después de perder oportunidades por criar a su primer hijo, terminan, divorciadas o no, de vuelta en el mercado de trabajo en situación precaria.

Este fenómeno es el que explica cómo la correlación entre las tasas de fecundidad y de empleo femenino ha cambiado de signo, y actualmente es claramente positiva por países de la OCDE, como se refleja en el gráfico 4, p. 80. Si hasta la década de los ochenta fue negativa, ello se debe a que los países se encontraban en la primera fase de la transición demográfica (altísimas tasas de fecundidad en descenso asociadas a la incorporación de las mujeres a la información, educación y empleo). En la segunda fase, se demuestra que no es posible convencer a las mujeres de que retrocedan (retrocedamos) en su (nuestro) camino.

**Gráfico 4. Relación entre tasas de empleo femenino y tasas de fecundidad totales. Países de la OCDE**



Fuente: OCDE. Family Database

En definitiva, las políticas tradicionalmente llamadas «natalistas» no funcionan: si bien es cierto que las mujeres se están retirando de la maternidad, y que este abandono está asociado a su incorporación al empleo, también lo es que no se puede revertir la rueda de la historia: la única forma de recuperar las tasas de fecundidad es la de poner en pie políticas que permitan a las mujeres tener hijas e hijos sin verse obligadas a renunciar a un empleo de calidad estable.

Actualmente (véase gráfico 2) el país europeo más sostenible demográficamente (tasa de fecundidad al nivel de reposición poblacional y baja tasa de pobreza infantil) es Islandia, y le siguen el resto de los países nórdicos (Noruega, Dinamarca, Suecia y Finlandia). ¿Cuál es el secreto de estos países? Precisamente un Estado de bienestar desarrollado con mucha menor desigualdad de género que en el resto de Europa: 1.) excelentes servicios públicos de educación infantil y de atención a la dependencia; 2.) horarios a tiempo completo cortos; y 3) implicación de los hombres en el cuidado.<sup>4</sup> Existen prestaciones por hijos e hijas universales que no están condicionadas a la inactividad laboral, y las familias monoparentales gozan de una atención especial. Así, todas las mujeres pueden mantenerse en el empleo durante toda la vida, y pueden elegir ser madres sin perder su independencia económica o caer, junto con sus criaturas, en la pobreza.

## Conclusiones

La población mundial está evolucionando hacia una bipolaridad creciente entre una mayoría de países industrializados con bajísimas tasas de fecundidad y altísimas tasas de pobreza

<sup>4</sup> Algunos países tienen más bien dos de estas tres condiciones: Islandia (1 y 3); Francia (1 y 2).

infantil, por un lado, y una minoría de países paupérrimos (África subsahariana y Oriente Próximo) con altísima fecundidad, por otro. Solamente unos pocos (esencialmente algunos países nórdicos) están consiguiendo mantener las condiciones para una buena demografía: tasas de fecundidad estables en el tiempo y próximas a la tasa de repoblación poblacional, junto con bajas tasas de pobreza infantil. El desequilibrio demográfico mundial es insostenible: la bajísima fecundidad provoca altas tasas de dependencia demográfica que hacen inviables los servicios públicos, la sanidad, las pensiones y, en definitiva, la propia supervivencia humana, social y económica. En el otro extremo, la altísima fecundidad impide el desarrollo de los países. La pobreza, en los dos polos, agrava los problemas sociales y medioambientales.

---

### Muchas mujeres profesionales después de criar a su primer hijo terminan de vuelta en el mercado de trabajo en situación precaria

---

Las políticas tradicionalmente llamadas “natalistas” se apoyan en la falsa idea de que se puede convencer a las mujeres para que vuelvan a su ancestral rol de amas de casa. Sin embargo, estas políticas no han dado resultado, y los países que las llevan a cabo registran las menores tasas de fecundidad. Para entender los problemas de la demografía es necesario: 1.) considerar separadamente los fenómenos de las altísimas y bajísimas tasas de fecundidad; 2.) distinguir entre el fenómeno individual (la tasa de empleo de mujeres con criaturas es menor que la de mujeres sin ellas) y el agregado (los países de la OCDE con menores tasas de empleo femenino tienen actualmente tasas de fecundidad menores); y 3.) tener en cuenta que el marco institucional es determinante para la evolución demográfica.

La experiencia internacional demuestra que la solución a los problemas demográficos en todo el mundo está en proporcionar a las mujeres la libertad y el entorno adecuado para que en todos los países, en todos los niveles educativos y en todos los niveles de renta, puedan tener los hijos que deseen. Esto supone concederles, en todo el mundo, los derechos civiles, el derecho a la propiedad, la igualdad ante el código civil, el acceso a la educación y al empleo, a los anticonceptivos y al aborto. De esta forma se combatirá eficazmente la altísima fecundidad. Por otro lado, para que las tasas de fecundidad aumenten en los países donde son bajísimas, y para combatir la pobreza infantil en todos, hay que proporcionar una buena atención a la infancia, con especial énfasis en los servicios públicos de educación infantil, y dar prioridad a las políticas de integración social; hay que integrar a los hombres en el cuidado; y hay que apoyar especialmente a las madres solas, pues es en esas familias donde el nivel de pobreza (y por tanto de pobreza infantil) es más alto. En definitiva, eliminar la maternidad impuesta y apoyar la maternidad deseada compatible con la autonomía y el empleo de calidad de las mujeres. La historia demuestra que la maternidad impuesta es incompatible tanto con el desarrollo económico como con la democracia.

A pesar de que nadie contradice estas evidencias, la corriente principal de la economía y los diseñadores de las políticas públicas siguen sin tenerlas en cuenta. Las recetas de los expertos para prevenir los efectos del envejecimiento de la población siguen siendo las de retrasar la edad de jubilación y ajustar las pensiones. A lo sumo, las mujeres se consideran como fuerza de trabajo potencial, destinada a engrosar el número de activos cuando es necesario, dando por irreversible la caída de la fecundidad. Lo que casi nadie hace es salir del reducido recinto del mercado de trabajo y abarcar en el análisis económico a las familias, considerándolas no solamente como consumidoras sino como verdaderas productoras en origen de la oferta de trabajo, con todo el monto de trabajo no pagado que ello conlleva.<sup>5</sup> Esta producción doméstica, hasta ahora ignorada por la economía y realizada por las mujeres, tiene que repartirse y socializarse si quiere mantenerse, y esa es la más importante relación de la igualdad de género con, la macroeconomía.<sup>6</sup>

Tradicionalmente ha persistido la idea de que la eliminación de la división del trabajo era imposible. Aunque en teoría es fácil entender que a las mujeres les corresponde la mitad de los recursos, del empleo y del tiempo libre, se pensaba que la igualdad era una utopía que la sociedad no se podía permitir. Según esta óptica, el papel de las mujeres como amas de casa sería imprescindible para la economía, para la cohesión social y para la natalidad. Sin su sacrificio, la familia se disolvería, el gasto público se dispararía, la demografía se iría al traste. Y si ese era el enfoque en tiempos de bonanza, ¿cómo va a extrañarnos que el objetivo de igualdad quede aplazado en tiempos de crisis? Pero este enfoque tradicional está ampliamente superado. Hoy en día existe un amplio consenso acerca del lastre que supone la desigualdad para la economía.<sup>7</sup> Es más, se reconoce que la igualdad sería un elemento fundamental para salir de la crisis. Hoy sabemos que la apuesta por la igualdad no solamente es posible sino también altamente rentable.<sup>8</sup> De hecho, los países que más han apostado por la igualdad, como los países nórdicos, han mejorado la competitividad de sus economías.<sup>9</sup>

La crisis demográfica mundial hace que la desigualdad no solamente sea ineficiente sino también insostenible. El problema es que, para afrontar este reto, hay que considerar la

---

<sup>5</sup> J. Rubery, J. Humphries, C. Fagan, D. Grumshaw y M. Smith, «Equal opportunities as a productive factor» en M. Jonathan, J. Rubery, B. Burchill, S. Deakin (ed.), *Systems of Production Markets, Organisations and Performance*, Routledge, Londres, 2002, pp. 236-261.

<sup>6</sup> L. Sommestad, *op. cit.*, 2002.

<sup>7</sup> CE, *Report from the Commission to the Council, the European Parliament, the European Economic and Social Committee and the Committee of the Regions. Equality between women and men – 2010*; Comité Económico y Social Europeo, *Dictamen sobre el tema "relación entre igualdad de género, crecimiento económico y tasa de empleo"* [2009/C 318/04].

<sup>8</sup> M. Pazos, «El papel de la igualdad de género en el cambio a un modelo productivo sostenible», *Revista Principios*, núm. 17, julio de 2010.

<sup>9</sup> A. Löfström, *Gender equality, economic growth and employment*, [informe disponible en: [http://www.se2009.eu/polopoly\\_fs/1.17994!menu/standard/file/EUstudie\\_sidvis.pdf](http://www.se2009.eu/polopoly_fs/1.17994!menu/standard/file/EUstudie_sidvis.pdf)], 2009.

sociedad actual en su conjunto, teniendo en cuenta las complejas relaciones entre la educación, el empleo y el ámbito familiar. El cambio hacia un desarrollo sostenible exige transformaciones importantes, y en el centro de esas transformaciones está el cambio estructural del actual modelo social, apoyado en la familia tipo «sustentador masculino/esposa dependiente» a una sociedad compuesta por «personas sustentadoras/cuidadoras en igualdad». La crisis actual proporciona una oportunidad única para organizar la economía global conforme a un modelo productivo, solidario, ecológico y demográficamente viable.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Un plan de acción con medidas para llevar a cabo la perspectiva propuesta en este artículo se puede encontrar en [www.feminismoantelacrisis.com](http://www.feminismoantelacrisis.com)